

PRÓLOGO A

Educación y Clases Sociales

(Otro libro inédito de Eloy Terrón)

***Educación y Clases Sociales* es el título de un librito de Eloy Terrón, que data probablemente de 1978¹ y cuyo original no obra en su archivo personal.² Una época, por cierto, en la que casi le absorbía por completo la reflexión sistemática sobre la problemática educativa, como decano del Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias del Distrito Universitario de Madrid y Presidente del Consejo General de Colegios.³**

El libro se abre con el *Planteamiento del problema*, a modo de marco antropológico y sociológico introductorio, para poner el acento en la desatención científica y en la importancia teórica y práctica del análisis de la familia europeo-occidental, las motivaciones de la paternidad y la educación de los hijos. Supuesto esto, se sienta ante todo la tesis de la reproducción de la fuerza de trabajo como función principal de la familia en las sociedades históricas, para abordar a continuación algunas cuestiones fundamentales. A saber: antecedentes y formación de la familia campesina española; la familia campesina española; la familia en la moderna sociedad industrial; motivaciones para tener hijos; crecimiento y educación de los hijos; y la autoridad de los padres y la autodisciplina del niño.

Por de pronto, el estudio de los “antecedentes y formación de la familia campesina española” concluye con otras dos tesis básicas: la importancia clave de la familia servil como solución al problema de la fuerza de trabajo en las sociedades esclavistas, valiéndose de la trampa del sexo; y el origen de la vieja familia campesina española del pequeño labrador entregado al cultivo para el autoconsumo, como heredera directa de la familia servil medieval.

¹ Hay tres mecanoscritos parciales: uno, con el índice del libro (véase Apéndice I); y otros dos, correspondientes a las partes primera y segunda. La paginación del primero coincide con la de los segundos, pero ninguno de los tres está fechado. No obstante hay algunos datos al respecto: dos guiones con el título «Familia y educación en la sociedad industrial», de mayo y julio de 1976 (Apéndices III y IV); otro, que parece previo, al estar su contenido menos elaborado, sobre «La educación en la sociedad industrial»; una conferencia en Villafranca del Bierzo, en agosto de 1977, sobre la misma temática; y una única referencia bibliográfica de 1978 (el resto son previas) en el texto correspondiente a la tercera parte, impreso como artículo («Familia y educación en un contexto de clase obrera») en el *reader* del Simposio Internacional sobre «Marxismo y Sociología de la Educación», de diciembre de 1983, editado por Fernández Enguita en 1986. De modo que el libro debió estar listo, como mucho, en 1978.

² En dicho archivo sólo se conserva el índice general. La primera parte se incluyó en 2011 en esta **Biblioteca Eloy Terrón** con el título «Familia y educación en la moderna sociedad industrial», al entender entonces que se trataba de un texto independiente y completo; y la segunda aparece ahora por primera vez, gracias al profesor Mariano Fernández Enguita, que ha localizado el manuscrito completo entre sus papeles. Pero, tanto en un caso como en el otro, se han perdido las notas originales.

³³ Sobre esto último puede consultarse el libro *Escritos de sociología del sistema educativo español, de Eloy Terrón*, publicado en esta misma **Biblioteca Eloy Terrón**, y la segunda parte de mi introducción al mismo.

Sigue luego un análisis de “la familia campesina española” con el que se resaltan sus rasgos fundamentales: despotismo patriarcal (impuesto por las condiciones de la vida familiar); miseria de la vivienda; práctica inexistencia de la división del trabajo; matrimonio, como alianza contra el hambre y la miseria extrema; y educación de los hijos en la dura escuela del trabajo, junto a los adultos.

Ese panorama cambia por completo con “la familia en la moderna sociedad industrial”, en virtud de los cambios que acarrea el desarrollo capitalista industrial y la pérdida por la familia de su condición de unidad de producción: del pago de tributos y la crianza de soldados para el rey, como función genuina de la familia campesina, al suministro de mano de obra asalariada por la familia en la moderna sociedad industrial; del matrimonio como alianza contra el hambre, a las relaciones prematrimoniales, la libre elección del cónyuge y la posibilidad del amor; de la familia extensa a su reducción al matrimonio y los hijos; y de la autoridad del marido a la autoridad de la mujer, trabaje ésta o no también fuera de casa.

Ahora bien, en la moderna sociedad industrial desaparecen, como “motivaciones para tener hijos”, tanto la fatalidad de las “argucias metafísicas de la especie”, como las supuestas motivaciones seculares, en beneficio por cierto de terceros, o irracionales y mágicas. Y esto, mientras, por el contrario, el amor en la pareja por la libre decisión de tener hijos se despliega y se refuerza.

Eso viene a enlazar con el tratamiento de la siguiente cuestión -“los hijos: crecimiento y educación”-, que se plantea con idéntica óptica. La finalidad genuina de la familia es el amor; y el resultado de éste, el tener hijos, para vivir la vida de éstos y la del cónyuge como ampliación de la propia. Hoy nadie está obligado a tener hijos, por lo que sólo tendrían que tenerlos aquellas parejas con gran capacidad de generosidad, entrega, abnegación y amor. Por lo demás, al niño hay que tratarlo como un aprendiz de hombre, valiéndose sobre todo del amor, como aliento del núcleo afectivo primario de la personalidad, pero con la palabra, el trato de las personas y la familiaridad con las cosas como complemento imprescindible.

Por lo demás, esta primera parte del libro se completa y culmina con la reflexión sobre “la autoridad de los padres y la disciplina del niño”, todavía tan de actualidad. En las sociedades históricas los hombres han educado siempre a los niños inculcándoles los conocimientos necesarios para poder insertarse como adultos en la producción; y hoy hay que obviar en la educación de los niños tanto el autoritarismo como el *libertarianismo*, habida cuenta de la sociedad en la que van a vivir, porque en la sociedad industrial capitalista todo conspira contra la autoridad de los padres.

Las normas y los propósitos sociales, que son siempre la guía ineludible de la conducta humana, no pueden interiorizarse sin la autoridad de los padres. Ésta es, pues, esencial para el buen desarrollo y la autodisciplina del niño. Pero, en una educación genuina, la autoridad de los padres tiene que ser equilibrada y racional e ir siempre acompañada del amor.

«En alguna parte y hace años he leído -concluye Terrón- que *la educación es amor y disciplina*, y, aunque no recuerdo bien quién era el autor de esa sentencia, no la he olvidado, porque es muy justa y verdadera: educación equivale a amor y disciplina, al amor severo del que se habló hace años. Ese

aforismo -la educación es amor y disciplina- es la síntesis más valiosa y la guía más segura y correcta de la educación que debe practicar la familia en la sociedad industrial capitalista. Puede ser también el lema de nuestras familias, que están adquiriendo todos los caracteres de las familias urbanas industriales.»

Una vez trazado este marco introductorio general, el análisis pasa a centrarse en la cuestión central: *Educación y clases sociales*. Y, con ese fin, se abordan de modo sucesivo la educación familiar en la sociedad agrícola tradicional, la educación y la clase alta española, educación y clase media, y educación y pequeña burguesía (todo ello en la segunda parte del libro) y la educación y la clase obrera (en la tercera y última).

La reflexión sobre la “educación familiar en la sociedad agrícola tradicional” se abre con un inciso temático importante, con tres aspectos relevantes: la importancia real de la misma, como educación de la mayoría; las razones de su desatención sistemática por los historiadores de la educación; y su significación para entender el proceso educativo y de cara al futuro.

«La atención prestada a la educación de los niños campesinos puede parecer reiterativa. Pero esa insistencia no debe sorprender: la inmensa población de nuestro país era campesina, y hasta ahora, que yo sepa, se ha escrito muy poco o nada sobre ese importante tema. Éste no tiene cabida en las historias de la educación, precisamente porque la educación de los campesinos no requería libros ni teorías; y, como los historiadores de la educación -por inclinación natural y de clase- sólo atienden a los hechos que encuentran recogidos por escrito, es justo que se ocupen únicamente de la formación de la minoría que recibía una formación literaria (esto es, basada en libros). Ahora bien, ocuparse de la educación de la mayoría parece conveniente para entender mejor el propio proceso educativo, y para extraer de ella toda experiencia útil para planificar mejor la educación del futuro.»

En la sociedad agrícola tradicional española lo más llamativo es el marcado contraste entre la educación del campesino del Norte y la del campesino del Sur, como claves respectivas de su diferente psicología típica.

El campesino del Norte -que vive por cierto en regiones de población dispersa- se educa en exclusiva en la familia (sobre todo, mediante la imitación) y en un medio sociocultural general que se distingue por el aislamiento, la pobreza informativa y una tecnología rudimentaria. Y, por eso, su resistencia a relacionarse con los demás, su timidez y su rudeza; y, también, su dificultad para el pensamiento abstracto, la pobreza y rigidez de sus ideas -con el subjetivismo consiguiente-, y su preferencia por la acción.

En cambio, el campesino de las grandes agrovillas del Sur -aparte de disponer de mejores servicios- se educa en la familia y en la calle, con las ventajas de la convivencia intensa y el contraste de pareceres en esta última; esto es, en un medio sociocultural que se caracteriza por la intensidad de las relaciones sociales, como cauces de la información y del diálogo, el apoyo mutuo y la riqueza de la información. Y, de ahí, la sociabilidad, la seguridad, la capacidad de resistencia frente al miedo y la opresión, la comprensión de la

realidad, y el mayor desarrollo de la personalidad y la libertad de su psicología típica.

Bajo el siguiente epígrafe -“la educación y la clase alta española”- se abordan, de hecho, dos cuestiones distintas: la educación de la aristocracia -como “la clase que da el tono”- y el estereotipo de la familia agraria española.

Lo más singular de la educación de los hijos de la clase alta española -dejando a un lado las licencias y extravagancias de ésta, siempre originales para los obligados a admirarla- es el complejo “niño educado por criados” dentro de la familia.

«Las familias aristocráticas, por poco más que la comida, contaban con amas de leche, niñeras, institutrices (extranjeras) y con dómines, maestros de canto, de baile, de etiqueta y de esgrima, como profesores particulares, y todos ellos ejercían sus funciones dentro de la mansión familiar y se les pagaba por hacerlo. Pero esta educación familiar no tenía nada que ver con la de la familia campesina: sus ejecutantes eran verdaderos criados, y el “complejo de niño educado por criados”, su rasgo principal. Claro que los niños aristócratas pasaban por muchas manos, de modo que unos “maestros” neutralizaban a otros, con el resultado final de un estereotipo humano inconfundible.»

El estereotipo de la familia agraria patriarcal –autoritaria, y hasta tiránica- y religiosa, que educa a los hijos en la familia como buenos cristianos y patriotas, fue difundido por los novelistas costumbristas del siglo XIX, pero tiene poco que ver con la realidad. Su origen parece estar en la idealización de la familia de los hidalgos cortos de la orla periférica cantábrica -corroída, de hecho, por el mayorazgo- por parte de la clase media y de la pequeña burguesía. Porque, en realidad, más que a los hidalgos cortos -de escasas rentas y siempre envarados frente al común de las gentes-, ese tipo de familia sería el propio sobre todo de los campesinos acomodados.

El tratamiento de la “educación y clase media” incluye también dos asuntos distintos, aunque interrelacionados: la creación del arquetipo de la clase alta como clase dominante e influyente por la clase media propiamente tal (altos funcionarios y profesionales de las categorías más exclusivas); y la educación típica de esta última.

Para la clase media así entendida lo más importante de todo es la reproducción del propio estatus privilegiado en la jerarquía del poder y de la posición social; esto es, de su bienestar y su rango, en razón de su monopolio de los “empleos de clase media”. Eso explica su entrega a la clase alta. De ahí su sentido del orden, su disciplina funcional, su conformismo y su autoritarismo, reforzados por el miedo a perder la propia posición social, puesto que no controla sus condiciones de vida de modo directo. Y por eso también su “saber hacer” rutinario (a costa de la desatención del saber real y de la búsqueda del conocimiento por el conocimiento) y su tendencia general a mantenerse en un nivel medio, sin dejarse atraer por el vértigo de la profundidad.

Como es lógico, la clase media educa a sus hijos en esas mismas “sabiduría prudente” y *áurea mediocritas*. Esto es: en los modales y la distinción, como barrera social; y como profesionales del conocimiento entendido como “saber hacer”, valiéndose de las ventajas del ambiente culto de la familia y del espíritu de cuerpo de la clase. Y por eso lleva a sus vástagos,

como internos o mediopensionistas, a colegios privados y caros, donde lo de verdad son las actividades paradocentes y el “estilo de vida” en general.

«Las familias de la clase media dedican grandes esfuerzos a la educación de los hijos como condición de su bienestar y de la conservación del rango social. Pero, aunque por otras razones, les sucede lo mismo que a las familias de la clase alta. Los padres no tienen tiempo para educar a los niños (de hecho, ni siquiera pueden, sobre todo el padre). Como no disponen de recursos para llevar a cabo la formación en el hogar, los envían como internos o medio-pensionistas a colegios privados de cierto prestigio. Les obsesiona que los chicos no se mezclen con los de las clases bajas, y por eso eligen colegios caros, aun cuando estén protestando continuamente por los precios.»

Ahora bien, a partir del siglo XVIII, esa misma clase media, reforzada por la burguesía industrial naciente, impulsa también el arquetipo de la clase alta como clase dominante eficaz e influyente. Eso la lleva a la crítica sistemática de la misma para su corrección y mejora en el dominio intelectual y en el saber hacer. Y, en ese sentido, el más significativo fue el esfuerzo de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, porque, pese a su fracaso con la clase alta, formaron una clase media preindustrial avanzada, capaz de frenar en su momento a la clase media feudal tardía.

La consideración de la cuestión que completa esta segunda parte -“educación y pequeña burguesía”- se inicia resaltando la participación mayoritaria de la fracción agraria de dicha categoría social: labradores arrendatarios o aparceros de las huertas de la orla mediterránea, que cultivan para la exportación: campesinos medios del área del trigo, el aceite y el vino; y campesinos ganaderos productores de carne y de leche para las centrales lecheras.

Como rasgos comunes de la clase destacan la propiedad de los medios de producción y la posibilidad de transmitirlos a los hijos (salvo en el caso de los aparceros) y el empleo de mano obra familiar, por una parte, y la dependencia del mercado, por otra. Esas condiciones de vida explican la ambigüedad de su psicología típica y la exacerbación de ésta ante el avance del capitalismo: oscilación entre el sentimiento de seguridad en razón de su autonomía relativa y el pesimismo por el miedo a la proletarización; entre el realismo de los hechos y el idealismo más abstracto; entre el compromiso con la clase obrera y el seguidismo de la burguesía; etcétera., etcétera.

Si la remoción capitalista de las raíces de las condiciones de vida de la pequeña burguesía alimenta de continuo su búsqueda obsesiva de la identidad perdida y su desorientación general en todos los dominios (política, ciencia, arte, trabajo y demás), la policromía en el vestir y la extrema diversidad en el semblante y la apariencia y en el comportamiento de sus hijos responde a idénticas causas.

Lo mismo ocurre con la actitud de los hijos de la pequeña burguesía ante los estudios universitarios. Algunos de ellos son buenos estudiantes, sin pensar en la salida profesional ni apreciar el valor del conocimiento; y sólo una minoría aprecia el “saber hacer” que abre las puertas al trabajo en la empresa o el estado. Los hay que buscan en los estudios superiores su promoción social, pese al lastre que supone la carencia familiar de “tradición profesional”, modelos y “proyecto de vida” (ser ingeniero, arquitecto, etc.), la falta relaciones

sociales y hasta el desarraigo familiar y de clase (cuando desprecian el trabajo familiar del que sin embargo viven). Muchos optan por las profesiones intelectuales y los empleos medios inferiores. Y otros tienden a integrarse en un grupúsculo radical, y, a veces, mesiánico.

«De hecho, buena parte de los problemas con que se enfrentan hoy las sociedades industriales capitalistas proceden de la gran desorientación de los jóvenes hijos de las familias de la pequeña burguesía y de las dificultades que encuentran para insertarse en la sociedad.»

La parte final del libro, *La educación y la clase obrera*, comienza precisamente con una apreciación similar, aunque ahora aplicada a la educación de los niños en general.

«Ahora bien, el desarrollo industrial que ha tenido lugar en nuestro país -y que es la causa del fuerte crecimiento de la clase obrera- está planteando una serie de problemas realmente graves a la educación de los niños. Y esos problemas exigirán a los padres y a los enseñantes que tienen que enfrentarse a ellos el empleo de toda su capacidad imaginativa para encontrar soluciones».

Hasta los años sesenta del siglo XX, España fue una sociedad básicamente agrícola, con tres o cuatro enclaves industriales importantes, una rígida estratificación social, una incomunicación entre sus clases sociales reforzada por la “revolución” liberal (que llevó al estancamiento de los pequeños labradores de la mitad Norte peninsular y desató el “hambre de tierras” de los jornaleros agrícolas de la mitad Sur) y dos culturas muy distintas: la cultura letrada de la clase media, limitada al campo simbólico y literario, y la cultura oral popular, que abarcaba todos los aspectos de la vida humana.

«En una sociedad así caracterizada existían dos culturas: la cultura {simbólica y literaria} de la clase media, la única que, realmente, dominaba sus instrumentos (lectura, escritura, cálculo, el diseño, capacidad de abstracción, etc.), y la cultura popular, la cultura transmitida oralmente. Es decir, existía la cultura letrada, acumulada y transmitida por la clase media, de la que participaban también, en cierto grado, los miembros menos conformistas de la clase alta, de la aristocracia (...), y, sólo en los aspectos más operativos e instrumentales, (...), la pequeña burguesía y la reducidísima clase obrera urbana. (...). Quienes quedaban fuera del alcance de la cultura literaria no, por eso, carecían de cultura: eran los portadores y sostenedores de la milenaria cultura popular, muy variada y diversa, según las regiones y comarcas de nuestro país (...), {que} conformaba las conciencias y les proporcionaba contenidos».

En esas condiciones, el obrero de los enclaves industriales, en concreto, no tenía el menor interés por la educación de su hijo, que para él era una carga; de modo que el hijo se educaba en la calle hasta que encontraba acomodo en el trabajo no cualificado, desde los 12 años, aliviando así de algún modo la economía familiar.

Ahora bien, el dualismo cultural tradicional de la sociedad española desapareció en pocos años, tras el cataclismo final de la Guerra Civil, al convertirse aquélla en una sociedad capitalista industrial, con la mercantilización de la cultura material y la colonización universal de las conciencias por la publicidad industrial y comercial, los medios de

comunicación “de masas y para las masas” y la nueva industria de “la cultura” espiritual en general, consiguientes.

«La separación entre cultura popular (que, como es lógico, abarcaba todos los aspectos de la vida humana) y cultura literaria, letrada (que, en realidad, sólo afectaba a la cultura “espiritual”, arte, literatura, ciencia, etc., pero no a la cultura material, base de la sociedad, que lo era la otra) persistió hasta que el desarrollo del capitalismo produjo, como consecuencia, las grandes conmociones emigratorias, el aumento de los ingresos personales y la expansión de los medios de comunicación de masas, en especial, de la televisión. La expansión de este medio de comunicación por todo el país y el desplazamiento de miembros de la familia a las grandes ciudades y zonas industriales, la mayor frecuencia de los viajes a ciudades de mayor población permitieron o facilitaron la difusión de las formas de vida urbana a las zonas rurales».

Con el desarrollo industrial capitalista no sólo se constituye una nueva clase obrera que tiende a aplicar a sus necesidades y en la actividad política lo aprendido en la empresa (racionalidad, orden, cooperación, exactitud, responsabilidad,...). También se impone la “sociedad de consumo”, que plantea toda una serie de problemas nuevos en la educación de los niños en general.

Como es sabido, el modo de producción capitalista no se guía por las necesidades sociales y el interés general sino por la lógica de la competencia y la expansión del capital: sustituye a los trabajadores por las máquinas, con la quiebra consiguiente del sentido del trabajo; los disciplina bajo la amenaza del paro y el subempleo; y crea los consumidores de sus mercancías, convirtiendo el consumo en una nueva forma de religión, y la publicidad mercantil e industrial, en su profeta. Con la publicidad se enseña cómo se disfruta de las cosas, cómo se usan los diversos aparatos, cómo se goza de unas vacaciones y hasta cómo se puede adquirir cosas sin pagarlas inmediatamente. Pero la publicidad por sí sola no basta para crear una audiencia. Ésta la atraen los medios de comunicación y la industria de la “cultura”, al equilibrar la publicidad con la información y el entretenimiento e introduciendo contenidos de calidad. Con lo que se garantizan, en definitiva, la realización de la producción y las ganancias del capital.

«Existen esfuerzos prácticos, y también teóricos, dirigidos a quebrantar cualquier resistencia de parte de la gente para ahorrar (hasta disponer de recursos para comprarlas) y, sobre todo, a encariñarse con las cosas, hacerlas durar y no renovarlas (...). Entre los esfuerzos prácticos y los teóricos, lo que se pretende es predisponer a los individuos para que, sin resistencia, consuman lo que se les “eche”, lo que se les indique a través de los medios de comunicación de masas. La publicidad directa e indirecta es el nuevo y poderoso profeta de la nueva forma de religión, en la que el cielo está representado por el consumo; el que se porta bien, trabaja con ahínco y se adapta a las exigencias del negocio, recibe su premio en el consumo satisfactorio; por el contrario, al que infringe la ley (consumir y no pagar, disfrutar sin corresponder con su esfuerzo,...) le espera la policía, el juez y la cárcel. (...). La publicidad (con el consiguiente desarrollo de los medios de comunicación de masas) y la industria de la “cultura” (más bien se debiera decir “subcultura”) constituyen dos rasgos de carácter dominante y pudiera afirmarse definidores de la sociedad capitalista, industrial y democrática, hasta el punto

de que bien pudiera hablarse de estas sociedades como sociedades informadas, sobreinformadas, casi científicamente deformadas».

En efecto, en esas condiciones, la lógica desaforada de la sociedad de consumo y la lucha sin límite alguno -teórica y práctica- capitalista contra toda moral acaba bloqueando la formación moral de la infancia y la juventud. Además, el predominio abrumador de la “cultura de la imagen” (en la “industria de la cultura”, el *show business* y los medios de persuasión de masas, con la publicidad como industria de industrias) alienta una “sociedad sobreinformada”, dominada en realidad por una información desorganizada e irracional, que constituye el principal reto para los educadores.

«La información que incide sobre cada individuo es excesiva, hasta el punto de que los hombres no pueden interiorizarla, clasificarla, ordenarla, de manera que la información, de ser un elemento insustituible de racionalidad, se convierte en un factor de desorganización y de envilecimiento de los que la reciben, de degradación de las conciencias individuales».

«En las sociedades industriales capitalistas avanzadas este clima ha calado tan profundamente en los jóvenes que ha creado en ellos la impresión de que la sociedad les debe todas las satisfacciones sin esfuerzo ni obligaciones, y que, por lo tanto, todo esfuerzo para educarse, prepararse para insertarse en la actividad productiva social, es opresión, represión, etc. La “espontaneidad” (con razón entre comillas) y la liberación de todo condicionamiento han adquirido tal prestigio y vigencia que los padres de una cooperativa de enseñanza alientan a sus hijos a no tener en cuenta las reglas gramaticales, especialmente las ortográficas, por su carácter represivo de la “espontaneidad” del niño. Cuando se llega a extremos como éste no tiene que extrañar que los jóvenes rechacen abiertamente lo que constituye la clave de toda represión, aquello que anula toda espontaneidad (¿?): el trabajo; que rechacen todo lo que implica esfuerzo, disciplina, dedicación atenta.»

Todo esto, mientras el estado de la educación entra en una crisis crónica por la falta de un análisis riguroso de los factores que desorganizan la conducta de la infancia y la juventud, incluyendo al profesorado, los padres y la administración educativa. Y esto, cuando resulta imprescindible para todos los agentes educativo, que tendrían que hacer frente a la crisis de la educación de modo activo, dialógico y solidario.

«Es así como hay que concebir la educación en la sociedad industrial capitalista: fundamentalmente hay que tener conciencia clara de que los niños ya no están delante del profesor dispuestos a recibir pasivamente el “maná” de su sabiduría; los niños reciben masas ingentes de información, mucho más atractiva que la proporcionada por el profesor; éste se ve obligado a competir con esos canales de información, por lo que, para imponer la suya, el profesor tiene que usar de toda la experiencia posible y de toda la teoría para traer la atención del alumno; en esto radica el gran problema. ¿Cómo resolverlo?: sólo la experiencia puede proporcionar la respuesta.»

«Los enseñantes no deben olvidar que, frente al atractivo, a la sugestión de la cultura de la imagen, es mínima, realmente rudimentaria la capacidad para interesar al niño e inclinarlo a aceptar los conocimientos científicos y el método para obtenerlos, el método experimental.»

«Los enseñantes {pero también los padres, la iglesia, los poderes locales, lo mismo que el Estado} tienen que saber con bastante aproximación a qué tipo de canales de información están sometidos los niños y los muchachos, porque

solamente conociendo la clase de información que reciben pueden adoptar una estrategia para *organizar, depurar y completar* toda esa masa de conocimientos diversos y contradictorios.».

Ciertamente, a la hora de responsabilizarse de la educación, lo ideal es la unión de todos los agentes educativos. Pero, hoy por hoy y mientras no cambien las cosas, dada la influencia de los factores socioculturales que deforman la conducta sobre la inmensa mayoría de los niños, los padres y los profesores, únicamente los profesores de los primeros niveles de la enseñanza tienen algunas posibilidades de contribuir a mejorar la educación de los niños; y, eso, siempre y cuando los padres colaboren con los profesores en el proceso educativo y se continúe en el hogar la labor de la escuela.

«Sin la colaboración de los padres es totalmente imposible la educación. (...). Sin la colaboración de los padres los profesores pueden estar realizando un esfuerzo que es contrarrestado en las horas que el niño pasa fuera del colegio. La educación de los niños impone, por lo pronto, la necesidad de coordinar las relaciones e influencia que incidan sobre el niño, tanto en el colegio como en el hogar, sin dar lugar a que advierta excesivas divergencias. Es muy importante que el niño no note contradicciones entre el hogar y la escuela, porque, aparte de que nada es más perjudicial para su educación que el desorden, podrá justificar sus fracasos en esa diversidad».

«No cabe duda que la participación de los padres en la escuela les forzará a tomar conciencia de los problemas de la educación y a contribuir con su autoridad a mejorar, a racionalizar, la formación de los niños. Esta autoridad de los padres, por pequeña que sea, y que dependerá del afecto que hayan conseguido despertar en sus hijos, constituirá un apoyo valioso para el profesorado y para la eficacia de la enseñanza, en general. En este sentido, los padres aportan lo particular y concreto, los sentimientos, y los profesores, lo general y abstracto, lo intelectual; los dos principios básicos de la educación humana. La cuestión radica en hallar los términos teóricos y morales de esta colaboración entre los padres y los profesores».

Por lo demás,

«la enseñanza de una sociedad democrática industrial y capitalista tiene que desarrollar desde una edad temprana el respeto para el hombre y, por tanto, debiera desenvolver en el niño una gran sensibilidad para todo lo humano, fundamentalmente para el hombre, si bien será difícil desenvolver un gran respeto al hombre sin sentir una gran simpatía y un gran respeto para con todos los seres vivos. En este aspecto -el desenvolvimiento de una afinada sensibilidad para con el hombre- la moral conecta estrechamente con el desarrollo y enseñanza de una concepción racional del mundo (la interiorización individual de la conciencia científica del mundo, elaborada y apoyada en la física, sobre las bases establecidas, hace casi tres cuartos de siglo, por Einstein).»

RAFAEL JEREZ MIR.

Madrid, 12 de junio de 2012